

SUSCRICION EN MADRID.

POR UN MES... 4 RS.
 POR TRES MESES... 40
 POR UN AÑO... 40

LA SEMANA,

PERIODICO PINTORESCO UNIVERSAL.

SUSCRICION EN PROVINCIA.

POR TRES MESES... 42 RS.
 POR SEIS MESES... 24
 POR UN AÑO... 50

ASPECTO DE LONDRES DURANTE LA ESPOSICION.

Para formar alguna idea de lo que ha sido esta capital del mundo durante la esposicion, preciso será bosquejar, aunque rápidamente y como de pasada, el aspecto exterior que han presentado sus calles y sus plazas, sus vías de hierro y agua, sus espectáculos públicos y diversiones, y todos aquellos objetos en que el extranjero ha tomado parte ó de que puede dar razon, puesto que nunca mas que ahora ha cerrado el inglés la puerta de su interior doméstico, los secretos de su vida íntima al ojo impertinente de los profanos que, sin entender el idioma y con precauciones ya tomadas, pretenden juzgar de las costumbres y escribir acerca de ellas en tono superficial. Y ha llegado á tanto esta cautela que apenas pasaron los primeros dias de esposicion, y sobre todo apenas se cerraron las sesiones del parlamento, que todos los grandes señores y las personas de mas valia abandonaron á Londres súbitamente; y mientras acudían los extranjeros á la gran feria, los naturales ó se ocultaban en sus tierras ó viajaban por el continente. Dícese que esta brusca determinacion, tomada quizá sin acuerdo y como por instintiva conveniencia, tenia por origen la repugnancia de las altas clases á dar entrada en el hogar privado á una porcion de gentes de quienes han recibido obsequios en sus viajes, y que aunque muy dignas en sus respectivas naciones, no son bastante honorables para alternar en Inglaterra, donde la rigidez de principios y sinceridad de maneras se avienen muy mal con la ligereza de sentimientos y falsedad de trato, que distinguen principalmente á los italianos y franceses, por cuyos países hacen los ingleses sus escursiones anuales. Era lo consiguiente recibirlos con agasajo en su visita á la esposicion, y el mejor modo de evitarlo ha sido sin duda alguna ausentarse de Londres.

Pocos dias antes del 4.º de mayo todas las calles de la gran ciudad se veían obstruidas con andamios y grandes escaleras para el revoque de las fachadas y blanqueo de los edificios. El color que aquí se usa es una especie de estuco oleoso, de todos los diferentes matices que puede recibir el blanco, desde la tinta amarillenta á la tinta lila ó azulada; de suerte es que en una misma manzana de orden simétrico y de igual arquitectura, que mientras que conservaba el velo abumado que cubre aquí todos los objetos, se distinguía su carácter, despues que cada vecino ha embadurnado la parte que le pertenece (con tal respeto á la propiedad, que no se ha propasado á pintar mas de la mitad del balaustre ó columna que le correspondia), han quedado las fachadas formando tal mezclanza de tintas, que con dificultad puede reconocerse la regularidad arquitectónica de un mismo edificio. ¡Solo al ojo poco artista de un inglés puede no chocar tan estravagante disparidad!

Al propio tiempo que los particulares limpiaban sus habitaciones en honor de las miríadas de visitantes que esperaban, la superintendencia ó comisaria de bosques y selvas se ocupaba en ordenar, limpiar y arreglar las calles de árboles y alfombras de yerba de los diferentes parques que sirven de recreo y desahogo á Londres. En todos ellos hay una ría, un lago ó un estanque, y estos recibieron nuevas aves acuáticas, y nuevas lanchas de paso. Todas las avenidas de la esposicion se empedraron ó se macademizaron de nuevo. (Suponemos que ya hoy día en España pocos ignoran que el infernal sistema de Mac Adam consiste en aplicar á las calles de las poblaciones el apisonado de guijo de los grandes caminos). El día 4.º de mayo, casi todos estos preparativos estuvieron concluidos; la fuerza de policía aumentada, no solo inglesa, sino con refuerzo de gefes y ayundantes franceses, alemanes y anglo-americanos, que han sido el terror de los industriales de mano de ambos continentes; las líneas de omnibus, multiplicadas al infinito, de tal manera que solo el segundo día, despues de cerrada definitivamente la esposicion, se vendieron 4,200 caballos del sobrante de los carruages que se suprimieron terminando el objeto para que se instalaron; en una palabra, Londres se rejuveneció, y su aspecto denegrido y sus fachadas de ladrillo en las calles principales, todo adquirió el color alegre de una ciudad meridional.

Tomo III.

A la hora en que se escriben estas líneas, el humo y las nieblas han ejercido ya su influjo, y la vasta metrópoli ha vuelto á encapotarse y oscurecerse.

Íntil es repetir la descripción ya conocida del gran movimiento del día de apertura. Fué sin disputa alguna la reunion mas numerosa de gentes que ha presenciado el siglo actual, siglo, sin embargo, tan fecundo en acontecimientos y aglomeracion de ejércitos. Ni la reunion de soberanos despues de la caída de Napoleón en el mismo sitio en que se ha verificado la esposicion, ni la entrada de las cenizas del mismo Napoleón en París, ni las grandes revistas de tropas del czar de Rusia despues que sucumbió Varsovia, nada ha congregado en un punto limitado tan prodigiosa afluencia de personas ni tan considerable número de carruages. Baste decir, que el día 4.º de mayo á las cuatro de la tarde no se encontraba en dos millas á la redonda de Hyde-Park, ni un pan, ni una patata, ni un jarro de cerveza. El que conozca algo Londres, comprenderá perfectamente lo significativo de este hecho. Despues de lo que los datos oficiales estadísticos han demostrado, concluida que ha sido la esposicion, es tambien inútil decir, que en esta fiesta memorable apenas tomaron parte tres á cuatro mil extranjeros, que hubiesen venido del continente con semejante objeto. Creemos haber dicho ya

ciudad de Londres que aparece como enclavada en medio de la gran metrópoli de moderna construcción, quedaban intransitables para el que quiera andar de prisa. Sobre todo, Cheaptide, que es la distancia que media entre el Banco y la catedral de San Pablo, y Knights-bridge, que es el trozo mas inmediato á el palacio de cristal, eran los dos puntos donde la afluencia de omnibus, carros, berlinas y cabriolés aumentaba tan prodigiosamente, que imposibilitaba el paso de una acera á otra. En medio de esta confusion y hacinamiento no se oía una voz mal sonante, ni gritería de ningún género: los agentes de policía se interponían en silencio, y con su varilla de mando daban dirección á los carruages y protegían el tránsito de los de á pie. Desde el anochecer de la víspera los caminos de hierro habían estado vomitando gente de las provincias, la cual volvía á emprender su marcha en el mismo día. Sobre todo, el camino del Norte y el del Noroeste eran los que mas viajeros conducían, y el gran hotel de Euston con sus mil quinientas camas, se veía obligado á rehusar asilo á los muchos que llamaban á su puerta. Por esta razon el extranjero que desconoce las costumbres de este pueblo se admiraba de ver tanta multitud de gentes que cruzaban las calles y entraban en la esposicion con su saco de viaje en la mano. A pesar del



Cámara de los Comunes de Inglaterra.

en otro lugar no han llegado á setenta mil los visitantes extranjeros durante todo el tiempo de la esposicion. El nombre, pues, de *Universal* que se le ha dado es algo paradójico, pues hasta en los objetos con que han contribuido las demas naciones había tambien muy poca universalidad, aun prescindiendo de la cantidad, en la especie y carácter de ellos. Sería de desear que una pluma imparcial, libre de las preocupaciones de nacion y del entusiasmo por una empresa que mas ha tenido de especuladora que de humanitaria, por mas que digan, se ocupase seriamente en deslindar lo que verdaderamente ha habido de real y positivo en el palacio de cristal, y en su creacion y resultados.

Apenas amanecía comenzaba la serie de omnibus á poblar las calles que conducían mas ó menos directamente á Hyde Park. El palacio de cristal se halla situado al extremo Oeste de Londres, de suerte que desde Mile End, que es el extremo Este, hasta la esposicion, hay que recorrer una distancia de seis millas inglesas; y sin embargo, todos los carruages iban llenos no tan solo en el interior sino sobre el techo, que como es sabido, es el sitio preferente de los ingleses siempre que viajan. A las once todas las calles que van desde el Banco, situado casi en el centro de la City, esto es, la vieja

carácter doméstico de los ingleses, hay muchísimos que no tienen morada propia y viven con sus mugeres é hijos en casa de huéspedes; de modo es que aunque cada familia es inquilina de una casa entera, apenas habita una mínima parte de ella, teniendo cedida la otra parte á uno ó mas huéspedes que arriendan los aposentos mediante un tanto semanal, y á quienes se les da tambien el uso de la cocina subterránea comun á todos los habitantes de la casa. Los transeúntes no tienen vivienda fija, ó sease posadas. En todas las tabernas y casas de comer se ve un cartelito con esta lacónica inscripcion, *Camars*; esto quiere decir que allí se puede dormir, y que cualquiera es recibido á pasar la noche, sea la hora que fuere; generalmente cuando el precio es de un chelín arriba (pues tambien hay camas semidecentes por cuatro y seis peniques), se encuentran por la mañana agua y jabon para lavarse, con tohalla limpia. Claro está que no habiendo derecho á permanecer mas que la noche, durante el día nuestro viajero carga con su bagaje y discurre así por todas partes. Y no solo el transeúnte; el hombre de negocios que reside en Londres se ve en la precision muchas veces, si no pertenece á ningún club (esto es, lo que entre nosotros se llama círculo ó casino) en los cuales hay siempre camas para los socios, á pasar la no-

che donde le ocurre; no siendo esto lo mas extraño, sino que lo hace sin dar inquietud á su familia. Los alrededores del palacio de cristal hormigueaban en tenduchos de comer y beber, especie de cantinas en que se vendian toda clase de drogas, tartas con especias, bodines de frutas, bizcochos con pasas, pastelillos de cerdo, butifarras de carne, aguardiente de cañas y de granos, cerveza de mil variedades, desde el ale hasta el porter, floja ó amarga, fuerte ó negra, de Escocia ó de la India, etc.: ademas, las aguas gaseosas, de rosa ó de genjibre, sorbete (por mal nombre) de Persia, y otros mil brevages de naturaleza mas ó menos deletérea; todo esto sin contar los potes de té y café de achicorias, de que se rellenaban multitud de entes raros y extravagantes acodados en prolongadas mesas al aire libre, y saboreando al propio tiempo el humo de un tabaco detestable en largas pipas de espuma de mar. Seguramente que jamás se presentaron al pincel de los pintores flamencos cuadros mas grotescos que los de cierto callejon que hay al lado del cuartel que da frente á Hyde Park. A la caída de la tarde, sobre todo los martes, que ha sido constantemente el dia de mayor concurrencia, todo el espacio entre Kensington y Piccadilly, era un campo encarnizado de combate para asaltar los omnibus y apoderarse de los carruages. Qué espectáculo el de diez mil personas de todas clases y sexos, de todas edades y condiciones, reunidas en un punto, y engrosándose por momentos á medida que se iba desocupando el edificio de la esposicion, subiendo á la carretera en los coches, casi en volandas y sin conocer la mano benéfica que empleaba y ayudaba con tino seguro á ocupar el apetecido asiento! Allí estaba la policia, muda, protectora, pronta é inteligente: ni una desgracia, ni un accidente lamentable ha ocurrido durante el tiempo de la esposicion; pero en cambio; ¡qué época tan feliz, qué edad de oro, qué cuerno de abundancia tan ópimo para los cocheros! Ningun estadista se ha atrevido á calcular las ganancias de esta clase bienaventurada, ni aun las lícitas riquezas. ¡Qué habrá sido, pues, de las exteriores sin cuento á que se han entregado dichos señores en perjuicio del pobre público pagano! No es extraño que ahora se hagan la guerra entre sí, y que haya bajado el precio de los omnibus á uno y dos peniques, y el de los coches á cuatro y seis por milla; mas á pesar de esta competencia, el público no se da por entendido, y concluida la esposicion, concluida la afluencia y el asalto.

Sin embargo de la afluencia y movimiento de carruages en las cercanías de la esposicion, nada era comparable con la animacion que presentaba el Támesis surcado en todas direcciones por barcos de vapor de todos tamaños, de lanchas de recreo, y de balsas de materiales y carbon. A la caída de la tarde sobre todo, la confusion era asombrosa y casi terrorífica, para el extranjero que, no conociendo el orden sistemático inglés en medio de los mayores apuros, creia ver chocarse entre sí aquella multitud de vapores apiñados bajo un puente, y cargando á la vez centenares de pasajeros para diversos puntos. Figúraos el embarcadero que está al pie del puente suspendido de Hungerford; son las nueve de la noche y van á partir los últimos barcos. En las balsas que forman el embarcadero hay tres despachos de billetes; cada uno pertenece á distinta empresa, y los precios no son los mismos; pues los hay desde medio penique, en competencia con los de uno y dos, hasta seis segun la distancia. Pueden calcularse entre ocho á novecientas las personas que aguardan, y que para obtener su billete se empujan y se codean con esa instintiva y casi salvaje fiera que caracteriza al pueblo inglés en las grandes reuniones. Al propio tiempo los empleados echan el puentecillo de tabla por donde han de pasar los pasajeros uno á uno, sin mas guia ni conductor que la bronca voz del marinero que desde cubierta grita confusamente el nombre del punto á donde se dirige su vehiculo; pero como hay agrupados en un solo lado nueve ó diez barcos, es preciso atravesar por cima de dos ó tres para llegar al correspondiente que se desea, y ademas como la luz es escasa y el vapor sobrante de la máquina que sale por bajo de las paletas lo cubre todo de niebla, la gente es mucha y no todos saben su camino, aquello parece un caos horrible. A esto se agrega el chirrido del vapor y lo candente de la chimenea, que aparece roja en la oscuridad, formando todo un conjunto que el extranjero, que por primera vez contempla tal espectáculo, tiembla por su vida y se encomienda á los santos. Hemos sido testigos de la impresion causada por semejante escena en el ánimo de cierto hombre de Estado, quien para disimular su miedo exclamaba compungido: ¡Qué nacion tan grande!

Pero aun hay otro espectáculo peligroso para el que no le conoce, y que por ventajosa idea que se tenga de la habilidad británica, impone en el primer momento. El pequeño recinto, llamado la Ciudad, y que es el antiguo Londres, del cual se conservan algunas puertas todavia, como la famosa del Temple Bar, se halla gobernado por una municipalidad regida por los mismos estatutos de la edad media, impregnados de todos los vicios del tiempo de barbarie para que fueron creados. Los miembros de esta municipalidad, mercaderes los mas ricos de la Ciudad, y judios la mayor parte, no uieren desprenderse de las atribuciones absurdas de que se hallan revestidos, y con su poder personal han hecho frente á los ataques que por espacio de muchos años les está dirigiendo el Londres de hoy dia por medio de sus parroquias, jueces, corporaciones científicas, y hasta por medio del Parlamento. Al fin este últi-

mo ha considerado la cuestion seriamente, y los arbitrarios privilegios del ayuntamiento y lord mayor ó corregidor de Londres, es decir, de la antigua y reducida ciudad de Londres, han comenzado á venir á tierra. Por un bill ó decreto de la última legislatura, debe suprimirse el mercado de Smithfield, para cuya supresion se han movido todos los inmensos recursos de que dispone este pais, los cuales se habian estrechado siempre contra la obstinada é impertérrita municipalidad. Aun es dudoso que se lleve á cabo sin conflicto la deseada supresion.—Dicho mercado se halla situado en el área de la ciudad, y unos dias está destinado á la venta de ganado, y otros á la de heno y forraje. En Londres no hay mataderos públicos; cada carnicero mata en su casa, y por consiguiente va al mercado de Smithfield á proveerse de las reses que le hacen falta. Ahora bien, á eso de las diez de la mañana, hora en que todos los omnibus y coches van cargados de gente en direccion al Banco, esto es, á la ciudad centro de los negocios y transacciones mercantiles, y punto en que se hallan todas las oficinas y escritorios de comercio, á las diez, hora en que en sentido contrario habia la misma afluencia para ir á la esposicion, en el sitio llamado Old Bailey, frente á la prision Newgate, hasta Holborn Hill, se verificaba la escena mas pura inglesa, mas característica sajona, de que no tienen idea los habitantes del continente europeo. Cuando toda la playa se hallaba obstruida y casi llena por la gente de á pie y á caballo, por los carros y carruages, y que la policia se ocupaba en abrir paso para unos y otros, sin que nadie pudiera avanzar sino muy lentamente, aparecia por el ángulo de la calle de Snon un rebaño de carneros en tropel, los cuales se diseminaban por entre la multitud en medio de los silbidos del populacho y de las correrías de los muchachos que perseguian á la res estraviada; la algazara tomaba un aspecto serio cuando por la calle de Giltspur asomaba á la desbandada una manada imponente de vacas y terneros, que boyantes é impávidos ni hacian alto ni se cuidaban de otra cosa que de seguir adelante. Mas de una vez hemos presenciado esta escena desde lo alto de un omnibus: y seguramente que lo mas intrincado de una pelea y encarnizada lucha, no puede ser comparable con aquel caer y levantar de gentes, hociocar de bestias y tropezar de caballerías. El pobre agente de policia es el único que busca salida á aquel Dédalo inextricable, y á veces desde la zaga de un cabriolé dirige su voz de mando; los carruages entonces se forman en dos filas, y van pasando por medio las reses, seguidos de los aullidos y vocería de la canalla. El pastor carga con la oveja medio aplastada, y nunca falta un individuo que ayuda á moverse al choto derrengado, sino que se le echa sobre los hombros con salvaje caridad. Pero ¡cosa extraña, y que es peculiar de este pueblo de rudimentos agrestes! ¡Después que se ha aclarado la confusion, y que cada rebaño ha seguido su camino, bien por Holborn ó bien por Farringdon, no falta ni una sola cabeza! ¡nadie le ha ocurrido robar una res!

LA HISTORIA DEL MATRIMONIO (I).

Gran coleccion de cuadros vivos matrimoniales, pintados por varios solteros, malogrados en la flor de su inocencia.

CUADRO XII.—ESTADO INTERESANTE.

Hæc esto mater possessio pulcherrima
Et potior divitiis si cui sint liberi boni.

Decia un amigo mio, (ya murió el pobre y no crean vds. por esto que no era rico), decia que nunca estaba de peor humor que cuando veia menguar el consumo de las provisiones diarias de su casa; sabia por experiencia (doctorado que le salió muy caro) que lo que no se gasta en la mesa se consume en la cama, y en la alternativa de pagar dos cuentas, preferia la del carnicero á la del boticario. Esto era natural, y nose necesitaba haber estudiado en Salamanca para saber que es mas económico un hambriento que un inapetente; pero como el ejercicio ó la salud de las funciones orgánicas no está á merced del hombre, resulta que éste no puede dispensarse de comprar aperitivos, cuando ve que no tiene gana de comer los alimentos ordinarios, sin los cuales le obliga la naturaleza á hacer dimision de la vida. Hay, sin embargo, una inapetencia, sin enfermedad grave de la economía animal, que es harto mas funesta que la citada, porque amen de los medicamentos que exige para curarla es la víspera de un apetito voraz, suficiente á indemnizarse en un dia de la dieta de un año; y esa inapetencia solo la sienten las mugeres, y para ese apetito solo escotan los hombres. Me estenderia en mayores detalles sobre lo dicho si no hablara con mas elocuencia el presente cuadro, que tengo la honra de presentar á mis lectores, rogándoles encarecidamente que no me le devuelvan hasta que hayan pasado nueve meses; y si aun después de este plazo quisieran quedarse con él, no teman que se les reclame.

Es una jóven recién casada la figura principal del lienzo; que se sienta á la mesa, y no dice absolutamente que no tiene ganas de comer, sino que está inapetente,

y que cree que comeria con gusto tal ó cual cosa; precisamente lo que no ve delante de sí. El marido, que es amable, y esto no es difícil en un recién casado, busca todos los platos mas esquisitos y revuelve cien manuales de cocina por abrir el apetito á su esposa, y no consigue nada. Sigue la inapetencia, y á este sintoma se añaden los mareos y lo otro, y lo otro, y por fin, se sospecha que la enfermedad es de nueve meses, y que la señora se halla en estado interesante.

El primer mes se sospecha; el segundo casi se asegura; el tercero se confirma la probabilidad, y al cuarto se declara solemnemente que faltan cinco de enfermedad, y se publica el estado interesante. Especie de ley marcial que viene á ser un verdadero estado de sitio para el marido, único ciudadano que compone el pais en casos semejantes. Se suspenden sus garantías maritales; se le recogen las licencias de enfadarse, de dar gritos, de censurar los caprichos de su esposa, y hasta de fumar en presencia de ella. Le está asimismo prohibido el alejarse de su casa, por lo que pueda ocurrir, y en suma, queda declarado en estado excepcional, desde el momento en que se confirma el estado interesante, y cuarenta dias después de terminado este.

Afortunadamente todas esas prohibiciones son escusadas, porque el marido no tiene tiempo para ejercer su soberania, y se ve obligado á cumplir la ley por temor de que le apliquen otra mayor. ¡Desgraciado de él si insistiera en fumar delante de su esposa!... Se haria sospechoso de practicar el vicio á hurtadillas, y ella haria un alarde de exquisita sensibilidad, olfateando la memoria del humo. Tiene que conformarse con vivir en estado de sitio, pagando las contribuciones extraordinarias consiguientes, y consumiendo el tiempo restante en contemplar la hinchazon de su costilla; alegrándose de que no crezcan del mismo modo la de su cuerpo, porque tendria una joroba enorme.

A todo esto ya ha desaparecido la inapetencia, y la señora que no quiere tener deudas con nadie, paga á su estómago con usura la mesada atrasada y la corriente, y aunque la siguen los mareos, tiene ademas antojos. No es ella, sino el niño que no es aun, el que se antoja de un vestido, de un sombrero, de un carruaje ó de otras cosas diferentes: todas caras, y esto prueba que nadie viene al mundo con instintos de pobre. La obligacion del marido es no negar ninguno de esos antojos, para que se le logre la paternidad; y le hablan de un niño que nació con una mancha azul en la frente, porque á su madre no la compraron un vestido de ese color; de otro que tenia una berruga en las orejas porque á su madre la negaron unos pendientes de brillantes, y de algunos que habian nacido con el cuerpo lleno de manchas coloradas, porque sus padres habian tenido la torpeza de no hallar fresa en el mes de diciembre. Sor-teando el hombre esos caprichos como Dios le ha de entender, se halla con que su muger no se halla bien dentro de ningún vestido, y la manda hacer uno ancho y largo que el dia después de concluido la viene corto y estrecho.

Parece que no le falta razon para quejarse de estos gastos imprevistos, y se ve que no tiene ninguna, cuando le anuncian otro nuevo con el que, gracias á su imprevision, no habia contado. Se trata de que el primogénito será capaz de no querer ser menos que su padre Adán, y vendrá al mundo desnudo, y esto no puede consentirlo su madre, es necesario pensar en la canastilla. ¿Y saben vds. lo que es la canastilla para un recién nacido?... pues viene á ser lo que la olla podrida de Castilla la Vieja, en la que cada castellano procura rivalizar con su vecino, echando en ella de cuanto Dios crió. El formulario prescribe lo siguiente:

Una camisa, un ombligero, una chambra, un pañal, una mantilla, un pañolito para el cuello, una gorra y una faja, en la que se atan los santos evangelios; pero esto último lo da gratis cualquiera monja con solo regalarla media docena de libras de chocolate.

Con semejante baul, está corriente el infante para viajar por el mundo las primeras veinte y cuatro horas pero ¿y el dia siguiente?... ¿y el otro?... ¿y el otro?... ¿Ha de estar siempre con la misma ropa?... No se ha de lavar siquiera cuando esté sucia? Pues he ahí lo que constituye el valor de la canastilla: la calidad de las prendas y el número de ellas. El lujo es tambien otro de los antojos de la futura madre, y el marido no puede oponerse á que las gorras y los pañales entren por docenas en vez de comprarse por unidades. Se convence de que el muchacho no ha de estar desnudo, y transige con la canastilla; mas tarde le observan que la criatura se habrá olvidado de aprender á andar antes de nacer, y de que no siempre le han de tener en brazos, y accede á que se compre una cuna. Ya están en casa la ropa y la cama, y solo falta el huésped. La señora dice que está pronta á llenar este último requisito; ya no siente mareos.... siente dolores.

El marido acude al calendario, y cuenta y ve que su muger no se engaña, y hasta cree que á él le duele algo, y no cree mal. Corre en busca del comadron y el comadron no parece.... (momento de desesperacion)... Vuelve á su casa aburrido, y pregunta si su muger le ha hecho padre ó madre, esto es, si ha parido niño ó niña, y se halla con que no ha parido ni quiere parir. ¡Qué bien hizo el comadron en no parecer! hasta un mes después no hace falta; la señora erró la cuenta. Es la única que yerran, y es tambien la única que llevan. Pero ese mes de dudas y de zozobras y de alarma, es indispensable para los pronósticos, que son mas importantes á medida que se acerca el momento supremo.

En los primeros meses del embarazo, empiezan las conjeturas y las profecías sobre si lo que no puede dejar de ser una de dos cosas, ha de ser la una ó la otra; y escusado es decir que á nadie le ocurre pronosticar que será uno de tantos fenómenos como aborta la especie humana. Esto si alguien lo piensa lo calla, y lo que se dice en presencia de los padres es que el chiquillo será varón ó hembra. Fórmase con este motivo numerosas parcialidades que pasan el tiempo disputando sobre lo que solo el tiempo puede descubrir. Les importa poco que la naturaleza no se haya dignado aun, revelar á la ciencia ningún síntoma en el diagnóstico para formar un pronóstico exacto y todos hablan ex-cátedra del asunto.

—¿Tiene vd. paño en la cara!... exclama una vieja, va vd. á dar á luz un niño.

—Pero tiene una mancha azul detras de la oreja izquierda, replica otra, y esa señal es infalible... niña.

—¿Ha observado vd. si se mueve al lado izquierdo? la pregunta otra amiga, porque en ese caso es varón.

—No, sino hembra, interrumpe una nueva interlocutora.

—Me lo dirá vd. á mí, repuso la del lado izquierdo, á mí, que he parido veinte y siete veces, y todos los varones los he sentido en el lado izquierdo.

—¿Pues qué quiere vd. que la diga?... dice la otra; yo y todas mis amigas los hemos sentido en el derecho.

—Pero déjense vds. de disputas... interrumpe un viejo; si hay un medio seguro de salir de dudas, ¿á qué andar perdiendo el tiempo?... Que traigan una cuchara de palo y usada, que la tire al aire la interesada, y si cae boca á bajo es varón, y si boca arriba hembra.

—Ya he oído yo decir eso, replica una vieja, pero es al revés, las hembras es cuando cae boca abajo.

—Qué disparate, repone el viejo, las hembras boca arriba!

Y así poco ó mas ó menos fundadas son todas las conjeturas que se forman, reservándose ordinariamente su opinion los interesados, á quienes la vanidad obliga á desear un varón, por mas que lo disimulen ó que sencillamente prefieran lo contrario.

Los crecientes y los menguantes de la luna tienen tambien su parte de influencia en el negocio, y por ellos vaticinan muchos el sexo del futuro infante. No proceden con mas fundamento al proponer medicinas á la embarazada, que si ella las practicara todas ¿para qué queria mas embarazo? Veinte personas distintas la recomiendan otros tantos preservativos diferentes contra las enfermedades de los pechos. El vino blanco y el tinto; el aguardiente anisado y sin anisar; el limon ágrido y el dulce; la cera blanca y la cera virgen; la miel, la miera, el azafran, y cuantos artículos simples y compuestos puedan concebirse, otros tantos la recomiendan todos. Cada cual defiende el suyo con ardor, asegurando que si lo hiciera la probaria como *mano de santo*. Y entre esos remedios infalibles, escusado parece decir que se halla la nunca bien poderada *saliva en ayunas*, medicamento de fácil y barata adquisicion, hoy que tanto abundan los cesantes y las gentes de toda clase que dejan pasar la hora del desayuno, por pereza metálica.

Para el momento supremo, mis lectoras sabrán de esto algo mas que yo; existen una porcion de estampas y de velas benditas que tienen especial virtud, no para hacer parir sin dolor, porque ese milagro no se repite, sino para asegurar la prontitud y la felicidad del resultado. Yo no me propongo hacer mención de todas las reliquias que en casos semejantes suelen llevarse á casa de la parturienta, porque debo limitarme á prestar mi fé á todas, y á copiar el presente cuadro. En él no ha puesto su autor otra cosa, sino la estampa de San Ramon Non-nato, y la vela del mismo, en la que está pintada la efigie del santo que ya al nacer no tenia madre. Es cosa sabida que para que el parto sea feliz debe verificarse antes que se queme la efigie del santo, y la prudencia del comadron exige que no permita encender la vela con mucha anticipacion. En este cuadro la encendieron desde los primeros dolores, y la interesada se olvida del dolor por observar los progresos de la llama, como cuenta un reo de muerte los instantes que le quedan de vida en los granos de un reloj de arena.

Ya va á empezar á arder el santo, y el marido quisiera prestar su sangre á la vela, ó parar como Josué el curso de la llama; pero no le es posible. Si el santo no hace un milagro, ó el comadron no apaga la vela, va á ocurrir una catástrofe.... Yo no quiero verla ni es de mi incumbencia pintar el lance postrero; allá se las haya el cuello del marido con las manos de su muger, y como dicen las viejas, *Dios la dé una hora chiquitita*.

De que ella de á luz un niño ó una niña me importa poco ó nada; me basta oír allá en la alcoba un grito nuevo para saber que ya hay en el mundo un individuo mas con quien compartir las penalidades de la vida, y que su madre entra en la convalecencia del estado interesante.

CUADRO XIII.—NODRIZAS, BIBERONES Y CABRAS.

El pie en la cuna, las manos en la rueca, hilas tu tela y cria tu hijuela.

Escribiendo un gallego su historia cuenta la idem, que hizo un apunte que decia de esta manera: «El primer higo que tuve no fué higo sino higa.» No se sabe si el parto fué largo, en cuyo caso, hija al cabo, por

aquello de que, mas se detiene que hija en el vientre, y de que tras noche mala, hija á la mañana. Así ha sucedido en el presente cuadro, y el hijo que nos ha remitido el anterior no es hijo sino hija; por lo cual podemos repetir con el célebre Rojas en su famoso *García del Castañar*:

No llevo cosa que importe;
sobre tardanza prolija,
largo parto y parir hija,
propio despacho de corte.

Ya tenemos, á Dios gracias, un cuidado menos y una muger mas, que bien vale por una docena de cuidados. El comadron acaba de envolverla y de presentarla á la abuela materna, que la recibe con el entusiasmo consiguiente, por aquello de que, al hijo de mi hija pónmele en la rodilla. Todas las gentes que andan por la casa, inútiles las mas y provechosas las menos, corren á ver al recién nacido para resolver cada cual á su antojo la importante cuestion de si se parece al padre ó á la madre, ó si es un misto de ambos, ó si no se parece á ninguno. Pocos son de esta opinion, que es la única verdadera, y aunque el niño, si no es imperfecto, se parece á todas las personas perfectas en lo de tener los ojos debajo de las cejas, y la nariz sobre la boca, es una masa tan informe que no permite hacer juicio alguno exacto sobre su semejanza con ninguna de las fisonomías añejas y curtidas. Pero no lo creen así los que se acercan á examinarle; y dicen los unos:

—¿Qué cosa tan parecida!

—A la madre ¿no es cierto?... replican los otros.

—¿Qué!... ¡no tall... dicen aquellos, al padre, pues si parecen como dos gotas de agua!

—Pero, señores, es preciso no tener ojos en la cara para decir que se parece al padre!... ¡si es el vivo retrato de su madre!... la nariz, la boca, los ojos, en fin, todo es igual.

Otros son mas partidarios del comunismo, y distribuyen la propiedad de la semejanza, diciendo:

—De la nariz arriba todo al padre; pero la boca y la barba son de la madre.

No falta tampoco alguna amiga íntima de la parida, que aprovecha la impunidad del momento, y se vale del hijo para zaherir á la madre:

—¿Tiene de todo, dice haciéndose escuchar con énfasis! los ojos son pequeñitos y tiernos como los de su madre, la frente despejada y hermosa como la de su padre, y por lo demas, la barba larga es de su madre, y será algo roma como ella.

—Eso sí que no, interrumpe otra señora, porque si su madre tiene cuidado de estirarla todos los días las narices, mojándose los dedos en saliva, se las pondrá largas y afiladas.

—Como ella sea de calidad de ser chata, no conseguirán nada.

—Ríase vd. de calidades, replica la afiladora de narices; de cada le viene al galgo ser rabilargo, y yo he visto muchos galgos rabones; todo consiste en la primera educacion; la generalidad de los pobres son feos y eso prueba lo que yo digo.

De estas y otras cuestiones parecidas se viene á averiguar que el recién nacido no se parece ni á su padre ni á su madre, sino que se parece á si mismo; que es el vivo retrato de todos los niños en el momento de venir al mundo. El comadron, desinteresadamente, dice que se parece al que ha de recompensarle su trabajo; la abuela materna halla, si la niña es hermosa, una completa semejanza con su hija, y con el yerno en caso contrario; la madre de éste hace á su vez lo propio, y son por decirlo así, los gefes de los partidos en que se dividen las gentes al juzgar la futura fisonomía del primogénito ó primogénita. Pero en cuanto al cariño de abuelas, ambas le espresan á porfía y con sinceridad, para que el niño no pueda decir nunca: que quien no sabe de abuelo no sabe de bueno.

Vuelve el comadron el niño á la cama de la madre, y olvidanse de ésta todos por atender al bautizo que ha de proporcionarles un rato de broma y un hartazgo de dulces.

Suponiendo que de antemano se haya designado padrino y éste no se olvide de remitir el consabido *faldon* de lujos, la gorrita de encage, la camisa y una papalina para la madre, se examina por todos el regalo, diciendo, si es bueno, que bien pudiera haber sido mejor, y se abre discusion sobre el nombre con que el neófito ha de entrar en el gremio cristiano. Si la madre no ha dicho anticipadamente el nombre de pila que ha de llevar su hijo, ó el padrino no pretende que le bauticen con el suyo, la discusion se anima y adquiere una gran importancia. Lo primero que se propone por todos es un nombre que no sea comun; y son deshechados por tales los Antonios, los Pedros, los Juanes, los Manueles, los Franciscos y los Pepes. Proponen en seguida los Adolfo, los Alfredo, los Ernestos, los Recaredos y los Ramiro; y si es hembra, las Lauras, las Blancas, las Guillerminas, las Elisabets y las Adelaidas; pero hallan gran oposicion en la gente machucha, y son deshechados todos á pluralidad de votos. Se trata de ponerle el nombre del santo del día, y el calendario ¡oh dolor! reza á San Ulpiano y á San Pancracio y á San Benito de Palermo; y luego á San Epifanio y á San Ciriaco, y á San Tiburcio y á San Hermógenes y á San Eleuterio y á otros varios de no mejor catadura. Y recorren el almanaque en busca de un nombre bonito para la niña, y tropiezan con las

Telesforas, las Hilarias, las Higiniás, las Romualdas, las Hemeterias, las Fidelas, las Robustianas, las Bárbaras, las Crispulas, las Trifonas, las Anastasias, y por último las Silvestras. Aburridos de no hallar nombre que les cuadre, y sobre todo que cuadre con el apellido que ha de llevar la criatura, buscan un martirologio y no son mas felices tampoco; se deciden á sortearlos todos y se opone la abuela, repitiendo el tan manoseado refran de «ponle buen nombre, Isabel, y cásate has bien.»

Indudablemente el nombre, con especialidad en las mugeres, es de suma importancia, porque como ya hemos dicho en otra ocasion, nadie espera ver una jóven bonita cuando le anuncian la visita de una doña Tadea ó doña Pancracia. Así como el hábito hace al monge, las Matildes, las Carolinas y las Lauras, deben la mitad de sus gracias y de su fortuna á la fé de bautismo.

Pero el autor de este cuadro, no dice, por fin, el nombre que pusieron á la niña, y solo pinta á la parida con una fuerte calentura que los comadrones llaman la *fiebre del bateo*; tan cierto es que la bullanga del refresco, la serenata de la murga y las voces de los chicos que van hasta la casa gritando *bateo*, son otros tantos venenos que de buena fé se administran á la paciente. ¡Como si no tuviera ella bastante con la fiebre láctea que ya se anuncia, y con la boca del recién nacido que abre una grieta allí donde la arrima! Sin embargo, es preciso que la madre crie á su hijo, si quiera lo haga por no ser menos que el último de los animales, entre los que no se conoce el ama de cria, y porque nadie diga luego que la que no sabe remendar ni sabe parir ni criar, y por poder ella decir á su vez este niño me ama que de mi pecho mama. Así lo creen todos los de la casa, menos el comadron, que se opone á que le crie la madre, y llamando aparte al marido, le parte el alma diciéndole que busque una madre para su hijo, sin perjuicio de que por el pronto mame los calostros ó los loquios de su madre natural, por aquello de que, niño descalostrado medio criado.

Por supuesto que así se conforman los parientes y los amigos de la casa con la opinion del facultativo, como si los llamaran perros judios; si hubiera indicado que podía criar, no hubiera faltado quien dijese que era asesinarla, y que las mugeres se envejecen criando, y mas por el estilo; pero dijo lo contrario, y todos se pusieron en contra suya.

—Quiere vd. creerme, dice una vieja llamando aparte al padre, no haga vd. caso del comadron; tendrá alguna ama de cria desacomodada, y por eso dice que no tiene leche su esposa de vd.; como si no hubiese orchara de cañamones para esos casos! No consienta vd. por Dios en tomar nodriza!... ¡no sabe vd. lo que son! Las de Madrid, el marido, el querido, la amiga, no se puede con ellas; las de la montaña, un correo si y otro no, reciben malas noticias de sus casas y siempre están pidiendo. Vale mas que le crie su madre aunque sea á media leche. Conozco yo tantos que solo han mamado seis meses y están como toros! y sobre todo, hay mas que hacer sino darle dos ó tres veces al día papilla!

El padre se asusta, y la vieja sigue diciendo:

—Si señor, papilla, no sabe vd. el refran que dice, el niño por nacer y la papilla á herber?... pues es una verdad, papilla, y á la madre orchara de cañamones.

No le parecen mal al padre los consejos de la vieja, y á despecho del comadron se encarga ella de la parida, y despues de mortificarla con tres ó cuatro perros, y un chico de la vecindad, y una muger, para que la formen entre todos el pezon, resulta que el cirujano tenia razon. La madre no puede criar, y al niño se le ha indigestado la primer cazuela de papilla; pero la vieja insiste en que no se tome ama, y se ensaya el biberon.

En chancas y á deshora de la noche corre el padre en busca del invento asesino, y vuelve á su casa con una nodriza de cristal para que crie á su hijo. Mézclase la leche con agua de cebada, y la primera vez mama el niño y se abrasa la boca; el líquido estaba demasiado caliente; otra vez estará mas frío. Así es la verdad, pero se advierte que la criatura traga mas aire que leche, y tiene la culpa el biberon. Lánzase el padre en busca de otro que tenga su agujero para que penetre el aire á medida que se vacía el líquido, y este tiene el inconveniente de que no le limpian bien y la leche se altera; búscase otro italiano, y luego el de Mr. Delacour, y luego este mismo modificado por los ingleses, hasta que se convencen de que el niño lejos de adquirir carnes pierde las que trajo al mundo, y se desechan las nodrizas de cristal, reemplazándolas á todas con una cabra, que no da mejores resultados.

Y el niño, escuálido y medio cadáver, es entregado, por fin, en brazos de una nodriza de carne y hueso; racional en la apariencia, y que no tiene otra falta para criar al infante que la de no tener leche; pero como esto no se advierte el primer día ni el segundo, el padre se cree ya feliz, y cuando numera las pérdidas de la jornada, vé que no han sido tantas como parecían en un principio.

Solo tiene que lamentar la pérdida del canario, que murió de hambre por prestar los cañamones de su rancho para la borchata de la parida; el gasto de ocho pezoneras, el de seis biberones y el de dos cabras; pero á bien que estas últimas pudiera volverlas á vender si no le causase reparo sacar al mercado las nodrizas de su hijo. Harto le queda que hacer, por otra parte, con las demas nodrizas, y cuando despide á una porque no tiene leche, la que admite es aficionada al vino, ó esconde la miga de pan debajo de la almohada por si el

HISTORIA NATURAL.



Peces volantes.



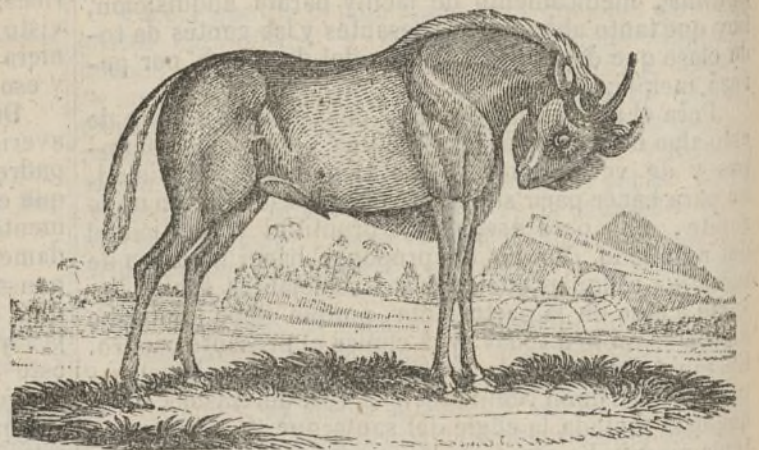
Escarabajo kangaroo.



Antilope, ciervo y cierva.



El veso.



Antilope niu.



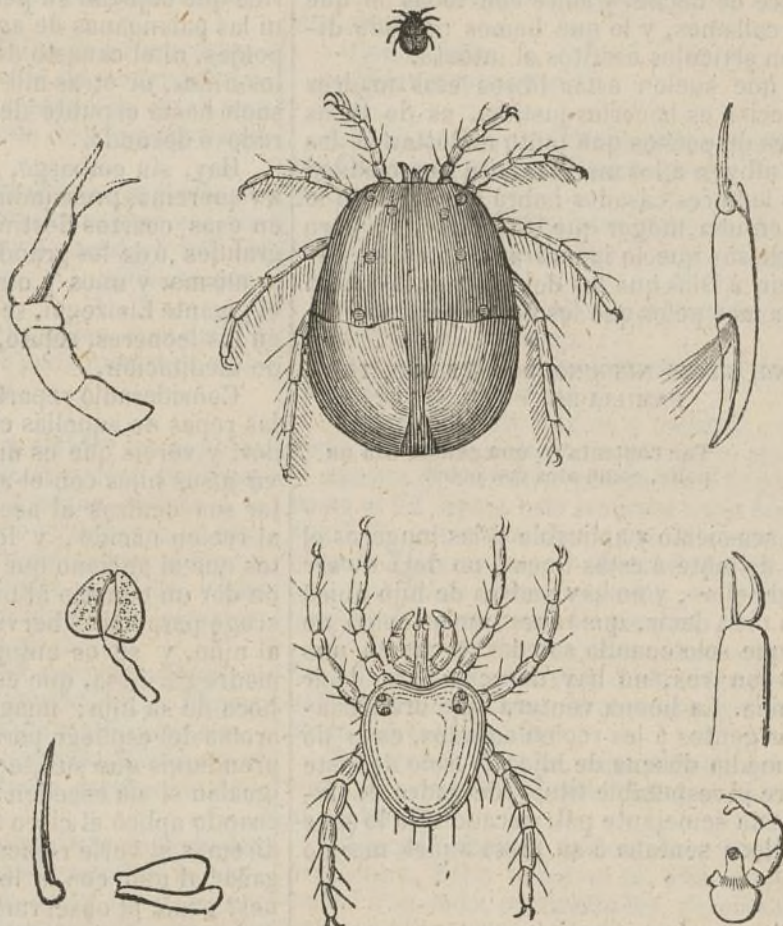
Macho cabrio



El hamster.



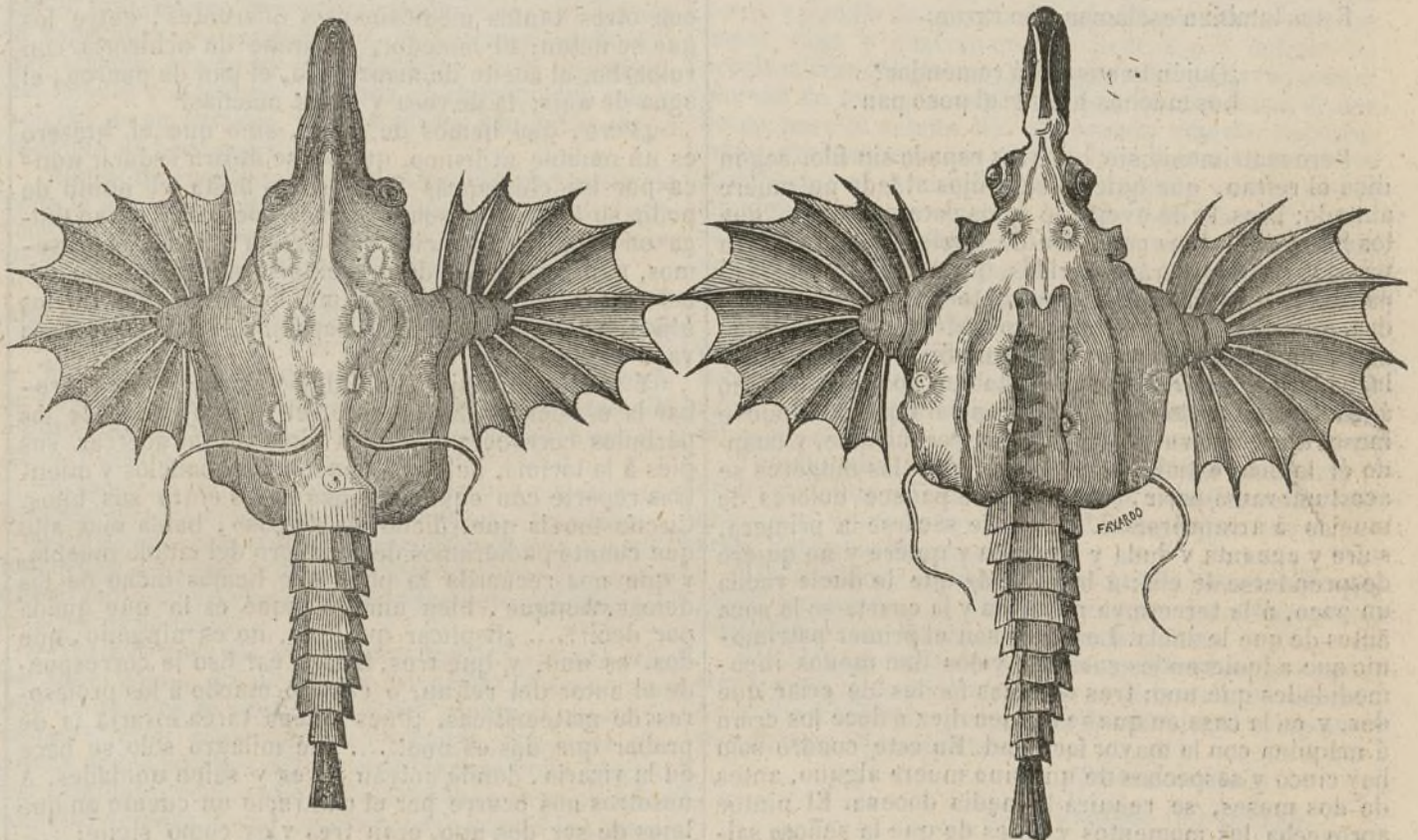
Serpiente de cascabel.



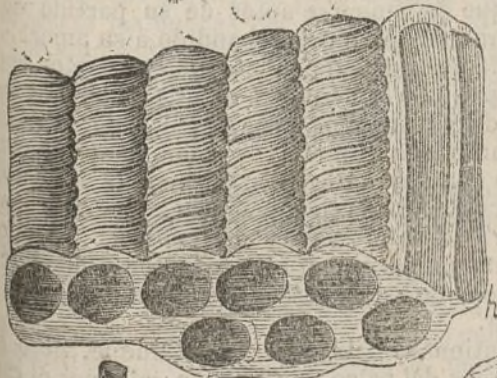
Acariens.



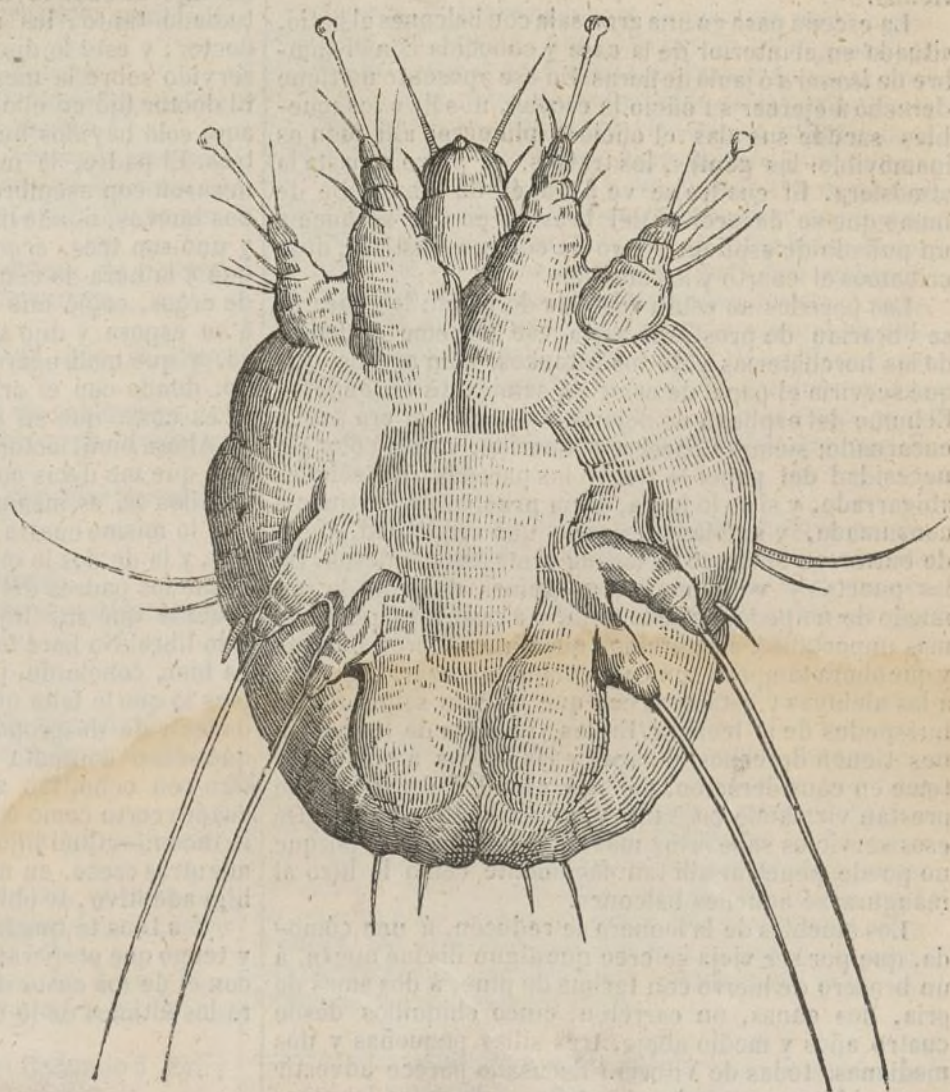
El torcedor.



El dragon pegaso.



Avispas icneumonas.



Insecto de la Gale.

niño tiene hambre de noche, y sufre con todas lo que por muy sabido callamos, y lo que hemos referido diferentes veces en artículos escritos al intento.

Lo único de que suelen estar libres esas madres mercenarias, preciso es hacerles justicia, es de todas las enfermedades de pechos que tanto molestan á las señoras y tanto afligen á los maridos, con especialidad los *pelos*. Pocos lectores casados habrá que ignoren lo que es un pelo en una mujer que está criando; pero si fueren tan dichosos que lo ignoraran, antes de desear saberlo pidan á Dios que les deje calvos, siquiera no vuelvan á ver mas pelos que los de las pelucas.

CUADRO XIV.—UNO, NO ES NINGUNO; DOS, ES UNO; TRES, FAMILIA ES.

Tan contenta va una gallina con un pollo, como otra con ocho.

Por mas que sea cierto y aplicable á las mugeres el refran que sirve de mote á estas líneas, no deja de ser verdad el titulo de ellas, y no hay padres de hijo único que no se hayan oído decir, que tener uno es como no tener ninguno; que solo cuando son dos se cuenta uno y que hasta que son tres, no hay derecho para decir que se tiene familia. La buena ventura que ordinariamente desean las gentes á los recién casados, es la de que Dios les dé media docena de hijos, y solo de este modo se adquiere el respetable titulo de padre de familia. Lo que cuesta semejante patriarcado solo lo sabe el patriarca, y doce sentaba á su mesa aquel marido que dijo:

Si no tuvieses que hacer
arma navío ó toma muger.

Estas tambien esclaman con razon:

¿Quién te enseñó á remendar?
Los muchos hijos y el poco pan.

Pero matrimonio sin hijos es espada sin filo, segun dice el refran, que quien tiene hijos al lado no muere ahitado; Dios te dé ovejas, é hijos para con ellas, que los hijos de buenos capa son de duelos, y tantos sean nacidos cuantos serán queridos, que donde hay hijos ni parientes ni amigos. Por eso el autor del presente cuadro, que sabe de coro todos esos refranes y otros muchos, no quiso dejar de pintar un hijo, y luego dos y luego tres, y cuatro y cinco; hasta que por fin se decidió á señalar una renta fija al comadron para que cada nueve meses diese una vuelta por la casa. Porque dice, y cuando él lo dice estudiado lo tendrá, que las mugeres se acostumbra á parir, como el que padece dolores de muelas á arrancárselas. Antes de sacarse la primera, sufre y aguanta y duda y consulta y quiere y no quiere desprenderse de ella; á la segunda que le duele vacila un poco, á la tercera ya no vacila y la cuarta se la saca antes de que le duela. Los hijos son el primer patrimonio que adquieren los casados, y dos dan menos incomodidades que uno; tres son mas fáciles de criar que dos, y en la casa en que se reúnen diez ó doce los crían á máquina con la mayor facilidad. En este cuadro solo hay cinco y sospechas de que sino muere alguno, antes de dos meses, se reunirá la media docena. El pintor aprovecha los momentos y antes de que la señora salga por sexta vez del estado interesante, termina el lienzo.

La escena pasa en una gran sala con balcones al patio, situada en el interior de la casa y conocida con el nombre de *leonora* ó jaula de fieras. En ese aposento no tiene derecho á ejercer su oficio la escoba, ni sobre los muebles sacude sus alas el oficioso plumero; allí todo es inamovible: las gentes, los trastos, el polvo y hasta la atmósfera. El cuadro se ve á través de una nube de humo que se desprende del brasero en que se quema un puñado de espliego y otro de cominos rústicos; describamos el cuarto y los muebles.

Las paredes no están vestidas de papel; los caseros se librarian de prostituir hasta ese extremo el pellejo de las horchaterías y de los estancos; bien mirado: ¿de qué serviría el papel de color en semejante vivienda?—El humo del espliego no dejaría distinguir si era azul ó encarnado; siempre parecería amarillo, y este color sin necesidad del papel le tienen las paredes. El techo es abigarrado, y si no lo fuera, daría pruebas de pertinacia consumada, y su blancura sería una virginidad, digna de entrar en el rango de los impermeables ingleses. De las puertas y ventanas no queremos decir nada por miedo de no poder decirlo todo, y á riesgo de omitir lo mas importante, aseguramos que nunca fueron blancas y que ahora tampoco son completamente negras, gracias á las alerías y estampas con que las han salpicado los huéspedes de la leonera. En las vidrieras de los balcones tienen derechos el papel y las obleas á que se les tome en consideración, por los grandes servicios que prestan vizmando cristales y entablillando vidrios. De esos servicios sabe la luz mas de lo que quisiera porque no puede penetrar allí tan fácilmente como lo hizo al inaugurarse aquellos balcones.

Los muebles de la leonera se reducen, á una cómoda, que por ser vieja se cree que algun día fué nueva, á un brasero de hierro con tarima de pino, á dos camas de cria, dos cunas, un carretón, cinco chiquillos desde cuatro años y medio abajo, tres sillas pequeñas y dos medianas, todas de Vitoria. Escusado parece advertir y por el bien parecer lo advertimos, que entre los muebles no hemos contado, ni las mantillas de bayeta ama-

rilla que enjugan su pelo sobre las costillas de un sitial, ni las palanganas de agua con sus correspondientes esponjas, ni el canasto de los pañales, ni los juguetes de los niños, ni otras mil menudencias que alfombran el suelo hasta el punto de que no se advierta si está estirado ó desnudo.

Hay, sin embargo, un mueble de cuya descripción no queremos prescindir; se trata del brasero. El brasero en esos cuartos destinados al criadero de los hombres grandes, ó de los grandes hombres, que todo viene á ser lo mismo, y unos y otros, incluso el Ban de Croacia y el gigante Eleizegui, se han visto en pañales, el brasero en las leoneras, repito, es un mueble digno de estudio y de meditación.

Consideradlo repartiendo el amor de su lumbre en las ropas de aquellas criaturas que viven á su alrededor, y vereis que es una madre solícita que hace revivir á sus hijos con el aliento de su pecho; vedle prestar sus cenizas al aceite para ungir con ese brebaje al recién nacido, y le guardareis los mismos respetos que al anciano que gasta el último soplo de su vida en dar un consejo al nieto; mirad como chisporrotea y cruge para hacer hervir la papilla que ha de alimentar al niño, y se os antojará estar en presencia de una madre cariñosa, que esprime con dolor el pecho en la boca de su hijo; imaginadle, en fin, despreciando el aroma del espliego para purificar la atmósfera, y comprendereis que sus servicios en favor de la humanidad igualan si no escuden, á los de Guyton de Morveau, cuando aplicó el cloro á la desinfección del aire. ¿Y qué diremos al verle remedar el calor de la madre para engañar al niño con la leche que templea en los biberones? ¿qué, al observarle afanado en disimular la frialdad del agua, á pesar de que este trabajo sea obligación de la fuente, del aguador ó de la tinaja? ¿Y qué diremos, al verle empollar veinte cacharros distintos, con otros tantos medicamentos diferentes, entre los que se notan: el lamedor, el jarabe de achicoria con ruibarbo, el aceite de manzanilla, el pan de puerco, el agua de anís, la de rosa y otras muchas?

¿Pero, qué hemos de decir, sino que el brasero es un mueble utilísimo, que no se dejará seducir nunca por las chimeneas francesas, hasta el punto de pedir su licencia absoluta? ¿Pues qué habrá quien tenga en poco los servicios que presta? Si tal creyésemos, aun habríamos de presentarle abrigando las patas de las nodrizas, quemando los sabañones de los niños, y templando el agua para que el amo de la casa vaya sin barbas á la oficina.

Y finalmente, si todo lo dicho no basta para probar la excelencia del brasero, el mismo padre de los párbulos corrobora nuestros elogios, al acercar sus pies á la tarima, antes de ponerse los chanclos y mientras reparte con equidad cinco besos entre sus hijos. Circunstancia que, dicho sea de paso, habla mas alto que cuanto pudiéramos decir en pro del citado mueble, y que nos recuerda lo poco que hemos dicho de los demas. Aunque, bien mirado, ¿qué es lo que queda por decir?... ¿Explicar que uno, no es ninguno, que dos, es uno, y que tres, familia es? Eso le corresponde al autor del refran, ó cuando mucho á los profesores de matemáticas. ¡Pues buena tarea estaría la de probar que dos es uno!... Ese milagro solo se hace en la vicaría, donde entran pares y salen unidades. A nosotros nos ocurre por el contrario un cuento en que lejos de ser dos uno, eran tres y es como sigue:

Doctorado en Salamanca, cenaba con sus padres un hijo al cual le dijeron, que puesto que habia estudiado tanto, les mostrase algo de su sabiduría de doctor; y esto lo dijo el padre á la sazón que habian servido sobre la mesa dos huevos pasados por agua. El doctor fijó en ellos la vista y dijo:—¿Ven vds. que aquí solo hay dos huevos? pues voy á probar que son tres. El padre, la madre y cuantos habia presentes le miraron con asombro y el sabio prosiguió:—Aquí hay dos huevos, donde hay dos hay uno, *et sic est* que dos y uno son tres, *ergo* aquí hay tres huevos. El padre que á la hora de cenar no entendia de matemáticas ni de ergos, cogió uno de los huevos para sí, dió el otro á su esposa y dijo al doctor que se comiera el tercero, y que madrugara al día siguiente para ir al campo, donde con el arado en la mano aprenderia mejores cosas que en el claustro con el libro.

Ahora bien, lector, ¿te parece justo que yo me esponga á que me digas cosa parecida, si me meto á probarte que dos no es mas que uno, fundándome para ello en que lo mismo cuesta la educación de un hijo que la de dos, y la de dos lo mismo que la de cuatro? ¿Y podrían oírme los padres del día á quienes el plan de estudios prohibe que sus hijos puedan estudiar todos con un solo libro! No haré tal aunque digan que este cuadro no va bien concluido, pues harto mejor quedará si tú suples lo que le falta que si yote le doy sobrado de necesidades y de despropósitos. Tengo además por seguro, que si tan contenta va una gallina con un pollo como otra con ocho, tan satisfecho has de quedar tú con un cuadro corto como con uno largo. Y si cuando al padre le dicen:—¿Cuál hijo quieres? y responde, que al niño mientras crece, en no haciendo yo crecer mas á éste tu hijo adoptivo, te obligo á que le ames siempre.

Y á Dios te queda, que Dios llama á si mis casados y tengo que prepararte el cuadro del *viudo* y la *viuda* con el de los *casos de reincidencia*, que serán por ahora los últimos de la colección.

(Se continuara.)

ANTONIO FLORES.

ODIO DE AMOR.

NOVELA.

(Continuacion.)

CAPITULO IX.

VIAGE IMPROVISADO.

Felix se lanzó á la calle, ébrio de ilusiones, forjando mil castillos en el aire, y no dudando ya que su misterioso protector era una muger.

La manera como se le otorgaba la cita no dejaba de ser algo original; pero el joven no paraba mientes en ello, escitada su imaginación y dulcemente lisonjeado de amor propio con la perspectiva de conocer al fin y estrechar en sus brazos á la muger generosa á quien tantos favores debía.

Al doblar la calle de Carretas, se le ocurrió sacar el reloj para ver la hora, cosa en que no habia pensado hasta entonces, creyendo que serian las once cuando menos, y se encontró con que todavia no eran las nueve.

Imaginóse que su reloj atrasaba y retrocedió hasta un café inmediato, deseoso de cerciorarse si andaba bien; y vió con disgusto que en vez de adelantar se atrasaba en cinco minutos.

Sin embargo, era preciso distraerse hasta la hora de la cita, y Felix, acordándose que no se habia despedido de Julia ni del capitán de cazadores, se encaminó al teatro de la Cruz con este objeto:

—Te felicito, le dijo la actriz apenas entró en su cuarto; el duque se ha portado.

—Y le estoy muy agradecido por sus buenos oficios, respondió Felix.

—¿Con que mañana es la partida?

—Así parece.

—¿Y estas pronto?

—He dado orden á mi criado que arregle la maleta, y en cuanto se presente el comisionado anglo-americano, echaré á andar; por eso he venido á despedirme de ti y de mis amigos. ¿Has visto á Vildósola y á Rosales?

—El duque está en el patio y don Martin en el palco de tu prima.

Felix hizo un gesto de despecho.

—La baronesa no falta á ninguna funcion, replicó la actriz actuando las palabras; y he notado que no cesa de mirarme desde que aparezo en las tablas.

—Como me quiere tanto, y no ignora nuestras antiguas relaciones, te profesará el mismo cordial afecto que á mí me profesa.

—Necesariamente debe tener algun gran motivo de resentimiento contra ti.

—Pues hija, si lo tiene, hasta ahora no he podido adivinarlo. Yo he sido la victima, y no me quejo. Pronto se verá libre de mi odiada presencia.

—Y dará su blanca mano á don Martin

—¿Cómo!

—¿Pues qué?... ¿lo ignoras?

—Sabia las pretensiones del cazador, pero segun el mismo se explicaba, no tenia probabilidades, al menos por ahora, de triunfar de los caprichos de Carmen.

—Nunca está mas próximo á conseguir un amante lo que anhela, que cuando su amada se le muestra mas voluble ó indecisa. Ya sabes lo que me pasó con el duque.

Felix tuvo impulsos de contestar á la actriz que no todas las mugeres eran tan caritativas como ella; pero se contentó con sonreírse. Estrechó la mano á Julia, y so pretexto de despedirse del duque, salió de allí y se encaminó á la platea.

Su adormecido amor se despertaba violento é irresistible; iba á poner entre Carmen y él la inmensidad de los mares, y en aquel momento solemne, el torcedor de la envidia y de los celos vertía gota á gota en su noble corazón su emponzoñada hiel. Mientras él iba quizá á sucumbir en estrangera playa, otro gozaria en paz las caricias del idolo de su alma, apoyaria la frente en su regazo, y beberia en la luz de sus claros ojos el éxtasis de los bienaventurados, al contemplar en sus horas de arrobamiento alguna vision celeste é inefable. ¡Oh! Sentia que la sangre hervia en sus venas á esta idea, y hubiera dado con gusto su alma á Satanás, á trueque de vengarse antes de su partida de la aleva que tan mal habia correspondido á su amor!

Dominado por estos diabólicos pensamientos entró Felix en el patio, y sentándose en una luneta al lado del duque, dirigió sus ojos hácia el palco de su prima. El capitán estaba con ella, y como de costumbre, la atosigaba con sus requiebros. Carmen le escuchaba esta noche con marcada benevolencia, riéndose amablemente y cubriéndose el rostro con el abanico. Al parecer estaba muy alegre, y el rostro de don Martin resplandecía lleno de satisfacción. Las noticias de Julia se confirmaban.

Felix continuaba hablando con el duque, pero sin desviar los ojos del palco de su prima: ella por el contrario finja no haberle visto, y preocupada únicamente del capitán, proseguia su conversacion con él, respondiendo á todas sus impertinencias con una amabilidad y coquetería desesperantes.

Granado se revolvía en su asiento y se mordía los labios hasta hacerse sangre. Notó Carmen su emoción, y ofreció al capitán un ramito de violetas que tenia en la mano.

Felix no pudo mas, cogió su sombrero y despidiéndose apresuradamente del duque, salió á los pasillos y comenzó á pasearse sin saber lo que quería, ni lo que pensaba.

Primero pensó subir al palco de la ingrata, y atravesar allí á Rosales con su espada; luego hablar á Carmen por vez última, y abrumarla con todo el peso de su enojo é indignación; en seguida se le ocurrió esperar á que se terminara la función, y de grado ó por fuerza acompañarla á su casa y tener una entrevista con ella; por último, juzgó que lo mejor sería marcharse y no volverse á acordar de ella en toda su vida.

Prevaleció este último pensamiento, y se encaminaba ya á la puerta, cuando se sintió detenido por una vigorosa mano que le aseguró de un brazo.

—¿Dónde vas tan de prisa, hombre? dijo el capitán intentando abrazarle. Desde que eres teniente coronel, no hay quien te eche la vista encima.

—Perdona, tengo que hacer y no puedo detenerme, contestó Felix, procurando desasirse.

—No te irás.

—¿Suelta!

—¡Voto al diablo! ¿quieres que nos rompamos la crisma antes de tu partida?

—Como gustes.

—Escucha y no seas tonto. ¡Al fin triunfé!

Felix perdió el color, atribuyendo á aquellas presuntuosas palabras un sentido que no tenían. Imaginóse que la virtud de Carmen había sucumbido; y como por lo regular, nunca don Martín se alababa de triunfos imaginarios, creyó cándidamente que su prima por uno de sus inexplicables caprichos, tan frecuentes en ella, le habría dado pie para que se espresara de ese modo.

—No hay que asustarse ni fruncir el pico, añadió el capitán, dentro de dos días me caso con ella.

—¿Dentro de dos días?

—Sí, la noticia de tu próxima partida ha producido en Carmen una verdadera resolución. Conozco, en efecto, que te aborrece.

—Eso ya lo sabía yo; pero lo que si me maravilla es, que esté ella tan enterada de cuanto me pertenece.

—¿Quién le ha informado de mi viage?

—Yo mismo. Esta mañana, á eso de la una, encontré al duque que venía de casa del anglo-americano y me dijo lo que había. Luego fui á ver á la baronesa á la hora de costumbre, y no sé como se nos ocurrió hablar de ti. Al principio se manifestó sorprendida de tu resolución; pero luego rompió en una estrepitosa carcajada, y exclamó que tenías la cabeza á pájaros y era preciso enviarte á Zaragoza.

—¿Eso dijo?

—Eso y mucho mas. Te aconsejo que apresures tu marcha, ó mejor dicho, que te ocultes hasta el momento de realizarla, porque es muy capaz de emplear todo su influjo para que te metan en una casa de orates. Ya sabes que es la muger mas caprichosa que existe debajo de las estrellas, y que cuando se empeña en una cosa, nadie la apea de su burro.

—¡No eres tú mal burro! pronunció Felix entre dientes.

—En cuanto á mi casamiento, prosiguió el capitán, ella dice que dentro de dos días me dará una respuesta definitiva. ¡Subterfugios inútiles! demasiado sé yo que entre mi y el marqués de X. la eleccion no puede ser dudosa.

—Con que el marqués...

—No me lo ha dicho terminantemente; pero opino que sea él.

—En efecto, despues de tí, el marqués es su mas solicitado y rendido adorador.

—Pero es un fátuo, un ignorante, y ella está enamorada, perdidamente enamorada de mí. ¿Sabes lo que me ha dicho no hace mucho?...

—Si no me lo cuentas...

—«Vos, señor Rosales, sereis mi esposo, si alguno de mis muchos pretendientes no reclama con tiempo derechos mas antiguos y sagrados, que me veré forzada á respetar bien á pesar mio.» Esto, como tú comprenderás, no pasa de una broma, y estoy seguro que se referia á tí...

—Por burla, sin duda.

—Renunciamos á pintar la espresion del semblante del infortunado jóven, al pronunciar estas palabras: era dolor, ira y vergüenza á la vez. La perfidia, el desprecio y los sarcasmos de su prima le llegaban al alma, y por mismo que iba á perderla para siempre, sentia con doble fuerza las nuevas heridas con que su vengativa mano se empeñaba en despedazar su ulcerado corazon.

—Así es que mis recelos se han desvanecido, repuso el capitán, y aguardo tranquilo el plazo señalado. Siendo únicamente que no estés tú aquí para participar de mi dicha.

—Es imposible que seas feliz con semejante muger, dijo el jóven tratando de ocultar su pena tras una sonrisa.

—¿Es envidia ó caridad, querido Felix?

—¿Envidia?... ¿y de qué? ¿De una coqueta que te envidiará á los quince días? ¡Caridad!... un campeón tan experto en las lides de amor, como tú, no la merece.

—Mira, ¿no tienes nada que hacer ahora?

—A propósito, ya me olvidaba de una cita.... pero para servirte siempre estoy pronto.

—Pues vente conmigo.

—¿Para qué?

—Para batirnos.

Felix sacó su reloj, y viendo que eran ya las once, contestó friamente.

—No puede ser. Mañana á las siete iré á buscarte á tu casa si quieres.

El capitán había desafiado á Felix de broma á consecuencia del modo con que acababa de juzgar á la baronesa, y Felix lo había creído y aceptado de veras, con tanto mas placer, cuanto mas amado de su prima suponía al asendereado cazador.

—Cuando el amor nos corona de mirtos, contestó éste, sería una insensatez esponernos á malograr sus dones por coger los lauros de la guerra, siempre teñidos con sangre.... Aprieta esos huesos, y.... ¡Dios te proteja!

Era tan cómica esta salida del capitán, que Felix á pesar del estado de su espíritu, no pudo menos de reírse y estrechar su mano sin rencor.

Los dos jóvenes se separaron.

Felix que deseaba aturdirse y olvidar los penosos recuerdos de su malhadado amor, dirigióse con paso acelerado á la calle de Atocha. Un coche parado á la puerta del número 32 le indicó que aquella era la casa que buscaba. Echó una mirada investigadora sobre el carruaje y reparó que no tenia armas ni letras, y que ni el cochero ni el lacayo vestían librea por la cual se pudiera venir en conocimiento de su dueño.

Subió la escalera, latándole el corazon, llegó al principal, y un lacayo que estaba sentado en un banco, salió á recibirle y le condujo á un elegante gabinete.

—La señora condesa, viene en seguida, murmuró el doméstico, y haciendo una respetuosa reverencia desapareció.

—¡Es condesa!... se dijo Felix paseando en derredor sus miradas; ¡qué lujo! ¡qué magnificencia! Si la persona corresponde á su alojamiento, daría mi vida porque Carmen me viese en el Prado paseando con ella del brazo.

Y reclinándose muellemente en la butaca, dejó vagar su fantasia por las encantadas regiones del deseo y la esperanza; su imaginación de poeta adornaba á la desconocida con todos los atractivos de la juventud, del talento y la belleza. Juzgaba de su fisonomía por la bondad de su corazon, y se persuadía que debía ser un prodigio de hermosura.

Rumor de cercanos pasos y el roce de un vestido de seda le sacaron de su arrobamiento. Su misteriosa protectora, la sílfide de sus ensueños de un día, acababa de sentarse á su lado en un camapé inmediato.

Felix alzó la frente con rapidez y clavó en ella sus ojos centellantes... pero ¡oh fatalidad! la incógnita traía el rostro cubierto con una máscara impenetrable.

Era tan extraño lo que le estaba sucediendo desde su entrada en la cárcel, que el jóven se creyó presa de alguna alucinación fatal, y permaneció absorto por algunos instantes como dudando de lo que veía.

—Gracias, á Dios, exclamó al fin con una violenta aspiración que traicionaba su veheméntísima ansiedad.

—No diriais otra cosa si aguardaseis á una amante idolatrada, contestó la de la máscara con voz mas dulce que el murmullo de las hojas blandamente agitadas por la brisa de la tarde.

—Vos sois para mí, señora, mas que una amante, sois un ángel bajado del cielo para salvarme! ¿A quién mas que á vos debo el verme hoy libre? ¿quién si no vos ha endulzado mi cautiverio con infinitas bondades que nunca podré pagaros dignamente? repuso Felix que había sentido estremecerse todas las fibras de su pecho al impulso de aquella voz angélica, cuyo acento le parecía haber oído en otra parte.

—Sí, he sido yo quien os ha sacado de la cárcel, si, he sido yo quien ha velado por vos mientras permaneciste preso.

—Mi reconocimiento será eterno, señora.

—Una eternidad que durará tres semanas ó tres días, el tiempo necesario para amar ó ser amado.

—Ya que traeis la cuestion á ese terreno, ¿me será lícito deciros, que vos únicamente podriais hacerme olvidar los deberes que impone la gratitud? ¿Me lo permitis?

—¿Por qué no? cuando tengo la certeza de no conseguirlo: vuestro corazon ya no os pertenece.

—¿Quién es su dueño?

—Una actriz del teatro de la Cruz, que se llama Julia.

—Fue un capricho que pasó como un relámpago.

—¿Y cuál de los dos fué el primero en olvidar al otro?

—Ella, durante mi prision se dejó consolar por el duque, y...

—¡Ah! ¿y vos?

—Me acordé que nunca la había amado.

—Entonces, dirigiré mas lejos mis investigaciones.

—No teneis cierta primicia?...

—La baronesa de Monriera.

—La misma.

—Fué mi primer amor... la amé con pasión, con delirio, con frenesí, como no he vuelto á amar ni amaré en mi vida!...

—¿Y ahora?

—Ahora la detesto; y ella me profesa un odio cien veces mayor.

Si hubiese caído la máscara que cubria el rostro de la desconocida, Felix habría visto inundado su rostro con las lágrimas que derramaba en silencio.

Iba ella á contestarle, sobreponiéndose á su emoción, cuando entró una doncella y anunció á su señora que la cena estaba en la mesa.

—Vamos á cenar, dijo la incógnita tomando á Felix de la mano.

—¿Y allí os sacareis la careta?

—Si... cuando concluyamos, pero antes prometedme dos cosas.

—Concedidas.

—¿Sean cuales sean?

—Si.

—Exijo que os considereis como prisionero, y no pretendais alejaros de mí hasta que yo os conceda la libertad.

—Eso no necesitábais exigirmelo, lo haré yo espontáneamente con el mayor gusto. Veamos la segunda condicion.

—Que me obedezcais sin réplica á cuanto os mande.

—Seré mudo y ciego.

La incógnita se apoyó en el brazo de Felix, y juntos se dirigieron al comedor.

La cena fué espléndida y animada; pero la jóven ó vieja, el ángel ó demonio que tanto amor demostraba al amante de Carmen, permaneció con la careta puesta hasta el fin. Tenia esta resortes en la boca, y sin necesidad de quitarla se comia con ella perfectamente. Solo pudo Felix distinguir al través de los labios artificiales, una doble hilera de perlas y una boca rosada, pequeña y fresca como un pimpollo.

La incógnita llenaba amenudo la copa de su compañero de un excelente vino de Madera que tenia al lado, bebiendo ella de otro, so pretexto que aquel era demasiado fuerte para ella.

Terminada la cena, rogó á Felix que la siguiese, y con gran sorpresa de este bajó la escalera, y se dirigió al coche.

El lacayo abrió la portezuela y á una señal de su protectora, Felix entró en él. Ella subió tambien y se colocó á su lado, corriendo las persianas y sacándose entonces la careta.

Felix comenzó á sentir un trastorno completo en sus ideas; era tan singular cuanto le acaecía, que este nuevo episodio de su novela, acabó por inspirarle un temor vago y confuso que no acertaba á definir. La preciosa mano de la incógnita, toruátil y suave como el plumon de un cisne, temblaba bajo la impresion de sus besos; pero la cabeza del afortunado amante vacilaba sobre sus hombros, sus ojos se cerraban á su pesar; le pareció que el carruaje salía de Madrid y volaba con la rapidez de una locomotora. Pugnó por sacudir el marasmo que se apoderaba de todos sus miembros, y sus miembros rebeldes no obedecieron á su voluntad; quiso hablar y la voz espiró en su garganta...

En esta lucha, su frente se fue inclinando lentamente hasta tocar el tibio regazo de su compañera; trató de incorporarse, y no pudo, porque al mismo tiempo el sueño veló sus párpados, y el mundo interno y el mundo esterno dejaron de existir para él.

La incógnita bajó entonces una de las persianas y un trémulo rayo de la luna, próxima á ocultarse tras las montañas, vino á reflejarse en el rostro espresivo y varonil del gallardo mancebo.

Ella inclinóse y estampó con avidez sus labios de grana en su frente, y Granada aunque dormido, se estremeció al roce de aquellos divinos labios.

El carruaje volaba en tanto mudando el tiro cada tres leguas, y los primeros albores de la mañana que comenzaba á teñir de púrpura el horizonte, le sorprendieron muy lejos de Madrid.

(Se concluirá.)

A. MAGARIÑOS CERVANTES.

—Ateneo. El jueves tuvimos el gusto de oír la explicación de Mr. Gaytté, que desempeña en el Ateneo la cátedra de historia de Francia. Debemos confesar desde luego, que á pesar de haber leído en los principales periódicos de esta corte los elogios que se tributaban al mencionado catedrático, no esperábamos que su pronunciación fuese tan clara y su dicción tan castiza y elegante; felicitamos al Ateneo por encerrar en su seno á personas que tanto lustre le dan, y tanto favor hacen á la juventud estudiosa de nuestro país. Sin embargo, con la misma franqueza é imparcialidad diremos á monsieur Gaytté que debiera ser algo mas puntual en desempeñar su asignatura, pues en lugar de explicar regularmente todos los jueves, se contenta con hacerlo una ó dos veces al mes, y á la verdad esto es poco, muy poco, atendidos los interesantes periodos que aun le falta por recorrer.

—La Academia militar. Se ha repartido la entrega 49 de esta interesante publicación, que contiene dos bellas litografías, representando la primera la muerte del general Enna, y la segunda el auxilio prestado por el vapor Colon á la fragata francesa Laura.

—Parece que la señora Montenegro y el señor Belart se han negado á prestar el auxilio de su voz y bien sentada reputación, al señor Allú, lo que nos sorprende, por ser ambos artistas españoles y los únicos que han hecho este desaire á su compatriota, á cuya invitación han correspondido con una amabilidad que les hace honor otros no menos acreditados, así estrangeros como nacionales. No podemos creer que el motivo que para no acceder á los deseos del señor Allú han tenido estos señores, sea el mismo que nos han manifestado algunas personas que por otra parte podían estar bien informadas acerca del particular.

DIRECTOR Y EDITOR, F. DE P. MELLADO.

Establecimiento tipográfico, calle de Santa Teresa, núm. 8.



EL UNIVERSO

Y EL

MUSEO DE LAS FAMILIAS,

PERIÓDICOS PINTORESCOS

POR 40 REALES AL AÑO EN MADRID, Y 50 EN PROVINCIA,



CONDICIONES Y PUNTOS DE SUSCRICION.

EL MUSEO DE FAMILIAS solo cuesta 50 rs. al año en Madrid y 56 en provincia. Los que quieran recibir además el UNIVERSO PINTORESCO pagarán 10 rs. de aumento en Madrid y 14 en provincia, ó sean 40 ó 50 reales por los dos periódicos reunidos, pero han de hacer el abono antes del 31 de diciembre; pasada esta época aumentará 10 rs. el precio. No se admiten suscripciones al UNIVERSO solo; para obtener este periódico es condición precisa ser suscriptor al Museo de las Familias, y pagar de una vez y por todo el año el importe de ambos periódicos.

SE SUSCRIBE

En Madrid, en el Gabinete literario, calle del Príncipe, número 25; y en provincia, ultramar y el extranjero en casa de todos los correspondientes del establecimiento de Mellado, director y editor propietario de ambos periódicos.

